Miércoles de la 29 semana: el misterio divino de la gracia que se nos da en Jesús por la fe nos lleva a frutos de salvación: vigilancia, oración y buenas obras

Efesios 3: 2 - 12 2 si es que conocéis la misión de la gracia que Dios me concedió
en orden a vosotros: 3 cómo me fue comunicado por una revelación el conocimiento
del Misterio, tal como brevemente acabo de exponeros. 4 Según esto, leyéndolo
podéis entender mi conocimiento del Misterio de Cristo; 5 Misterio que en
generaciones pasadas no fue dado a conocer a los hombres, como ha sido ahora
revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: 6 que los gentiles sois
coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa en Cristo
Jesús por medio del Evangelio, 7 del cual he llegado a ser ministro, conforme al don
de la gracia de Dios a mí concedida por la fuerza de su poder. 8 A mí, el menor de
todos los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles la
inescrutable riqueza de Cristo, 9 y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio
escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas, 10 para que la
multiforme sabiduría de Dios sea ahora manifestada a los Principados y a las
Potestades en los cielos, mediante la Iglesia, 11 conforme al previo designio eterno
que realizó en Cristo Jesús, Señor nuestro, 12 quien, mediante la fe en él, nos da
valor para llegarnos confiadamente a Dios.

Isaías 12: 2 – 6: 2 He aquí a Dios mi Salvador: estoy seguro y sin miedo, pues
Yahveh es mi fuerza y mi canción, él es mi salvación,» 3 Sacaréis agua con gozo de
los hontanares de salvación.» 4 y diréis aquel día: «Dad gracias a Yahveh, aclamad
su nombre, divulgad entre los pueblos sus hazañas, pregonad que es sublime su
nombre. 5 Cantad a Yahveh, porque ha hecho algo sublime, que es digno de saberse
en toda la tierra. 6 Dad gritos de gozo y de júbilo, moradores de Sión, que grande es
en medio de ti el Santo de Israel.»

Lucas 12: 39 – 48: 39 Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba
a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. 40 También vosotros estad
preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre.» 41
Dijo Pedro: «Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?» 42 Respondió
el Señor: «¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al
frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? 43 Dichoso
aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. 44 De verdad os
digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. 45 Pero si aquel siervo se dice en
su corazón: "Mi señor tarda en venir", y se pone a golpear a los criados y a las
criadas, a comer y a beber y a emborracharse, 46 vendrá el señor de aquel siervo el
día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte
entre los infieles. 47 «Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha
preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; 48 el
que no la conoce y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; a quien se le dio
mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más.

COMENTARIO: Ef 3, 2-12: a) Pablo no puede ocultar el orgullo que siente por haber recibido la misión de anunciar el misterio de Cristo a los paganos. Ésa es "la gracia de Dios que se le ha dado", anunciar "que también los paganos son coherederos, miembros del mismo cuerpo y participes de la promesa en Jesucristo". Hasta entonces podía parecer que los únicos herederos de la promesa de Dios eran los judíos. Ahora Pablo tiene la alegría de "anunciar a los gentiles la riqueza insondable que es Cristo" y proclamar que todos los que creen en Jesús, vengan del judaísmo o del paganismo, "tenemos libre y confiado acceso a Dios por la fe en Cristo".

b) Al igual que Pablo, todos nosotros deberíamos sentirnos satisfechos, no sólo por la suerte de creer nosotros mismos, sino de poder comunicar, a todos los que nos quieran oír, la Buena Noticia de que todos somos "coherederos", que no hay privilegiados ante Dios. Que sea uno de la raza y de la edad y de la cultura que sea, si cree en Jesús, es coheredero, o sea, está llamado a compartir con los creyentes y los santos de todos los tiempos la vida que Dios nos tiene preparada. Por eso el salmo que hace eco a la lectura es eufórico: "dad gracias al Señor, invocad su nombre, contad a los pueblos sus hazañas, gritad jubilosos". Lo podemos decir cantando, pero todavía mejor con nuestra vida y con nuestra cara de convicción y de alegría.

-El misterio de Cristo... es que los gentiles son coherederos, miembros del mismo Cuerpo y partícipes de la misma Promesa. Proyecto de amor universal sin fronteras. Apertura infinita. Unidad total de todos los hombres. Cristo es verdaderamente el momento decisivo de la historia toda de la humanidad.

-Es el proyecto eterno que Dios ha realizado en Cristo. ¿Soy de veras consciente de que "esto" es el proyecto de Dios? ¿Es mi corazón lo suficientemente grande? ¿Estoy debidamente abierto a estas perspectivas? o bien, quizá y por mi propia cuenta personal ¿me he acomodado a cierta religioncilla, buena para mí, para mi salvación individual?

¿Participo en la aventura misionera de la Iglesia que quiere ser fiel a ese «proyecto de Dios» de asociar a los paganos a la misma esperanza? ¿Estoy comprometido en la evangelización del mundo? ¿Suelo orar por «los que no conocen a Dios»?

-Gracias al anuncio del Evangelio del cual he venido a ser ministro. A diferencia de los «misterios» paganos que eran a menudo unos ritos sagrados, reservados sólo a los «iniciados»... el misterio de Cristo está hecho para ser revelado, anunciado a todos. Su secreto, Dios quiere dar a conocer su secreto. Dios quiere que participen en su proyecto cuantos más mejor. Hay que contemplar detenidamente ese «proyecto»... en el corazón de Dios, en el querer de Dios. Y luego hay que contemplar el mundo desde este punto de vista: discerniendo los deseos de unidad y de solidaridad, los sueños de comunión y de armonía, las aspiraciones a la paz y al amor... y discernir también los graves riesgos de roturas, que hay en el aumento de la discriminación y del desprecio, las soledades y los "egoísmos", los exclusivismos violentos y los sectarismos...

-A mí, el último de todos los fieles me fue concedida la gracia de anunciar a los gentiles la inescrutable riqueza de Cristo y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde siglos en Dios, Creador de todas las cosas. Desde siempre, desde la creación inicial, Dios tenía en su mente: el proyecto de una humanidad reunida por fin en el amor. Y hasta el "último de los fieles" ha de representar su papel en ese vasto proyecto. Desde donde humildemente me encuentro puedo hacer avanzar algo ese plan. ¿Cuál es mi tarea en esa obra esencial en la que se construye el futuro de la humanidad? ¿Trabajo yo en este sentido? o ¿en el sentido opuesto? ¿Excluyo algo? ¿Mantengo privilegios? o bien ¿procuro amar siempre como Dios ama? ¡Dios ama a los que yo no amo! Es una formidable invitación a amarlos en adelante.

-Gracias a la Iglesia, las mismas fuerzas invisibles conocerán los múltiples aspectos de la sabiduría de Dios. Y Cristo, mediante la fe en El, nos da valor para llegarnos confiadamente a Dios.

¡"Llegarnos confiadamente a Dios"! No alcanzamos a darnos cuenta de la inverosímil revolución que todo esto representa en la historia de las relaciones entre Dios y la humanidad (Noel Quesson).

2.

3. Lucas 12,39-48. a) A la comparación de ayer -los criados deben estar preparados para la vuelta de su señor- añade Jesús otra: debemos estar dispuestos a la venida del Señor como solemos estar alerta para que no entre un ladrón en casa.

La comparación no está, claro está, en lo del ladrón, sino en lo de "a qué hora viene el ladrón".

Pedro quiere saber si esta llamada a la vigilancia se refiere a todos, o a ellos, los apóstoles. Jesús le toma la palabra y les dice otra parábola, en la que los protagonistas son los administradores, los responsables de los otros criados. La lección se condensa en la afirmación final: "al que mucho se le confió, más se le exigirá".

b) Todos tenemos el peligro de la pereza en nuestra vida de fe. O del amodorramiento, acuciados como por tantas preocupaciones. Hoy nos recuerdan que debemos estar vigilantes. Las comparaciones del ladrón que puede venir en cualquier momento, o el amo que puede presentarse improvisamente, nos invitan a que tengamos siempre las cosas preparadas. No a que vivamos con angustia, pero sí con una cierta tensión, con sentido de responsabilidad, sin descuidar ni la defensa de la casa ni el arreglo y el buen orden en las cosas que dependen de nosotros. Si se nos ha confiado alguna clase de responsabilidad, todavía más: no podemos caer en la fácil tentación de aprovecharnos de nuestra situación para ejercer esos modos tiránicos que Jesús describe tan vivamente. La "venida del Hijo del Hombre" puede significar, también aquí, tanto el día del juicio final como la muerte de cada uno, como también esas pequeñas pero irrepetibles ocasiones diarias en que Dios nos manifiesta su cercanía, y que sólo aprovechamos si estamos "despiertos", si no nos hemos quedado dormidos en las cosas de aquí abajo. El Señor no sólo nos "visita" en la hora de la muerte, sino cada día, a lo largo del camino, si sabemos verle. En el Apocalipsis, el ángel les dice a los cristianos que vivan atentos, porque podrían desperdiciar el momento de la visita del Señor: "mira que estoy a la puerta y llamo: si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo" (Ap 3,20). Sería una lástima que no le abriéramos al Señor y nos perdiéramos la cena con él (J. Aldazábal).

El evangelio de hoy termina con un dicho de Jesús que solemos aplicar a aquellos que, según nuestro humano criterio, han recibido muchos dones en la vida. Puede que a veces lo apliquemos hasta con una dosis de ironía o envidia. El dicho es: "Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá". Creo que estas palabras de Jesús se pueden aplicar perfectamente a la comunidad de la iglesia. En el fragmento de la carta a los efesios que leemos hoy se alude a la iglesia como la mediación a través de la cual hemos llegado al conocimiento de la multiforme sabiduría de Dios. Más concretamente: a través de la iglesia es posible "anunciar a los gentiles la riqueza insondable que es Cristo; e iluminar la realización del misterio, escondido desde el principio de los siglos en Dios". La iglesia aparece como una mediación histórica de la gracia de Dios para que todos los hombres participen, a través de su anuncio, de la riqueza insondable que es Cristo.

¿No os parece que se nos ha dado mucho? Se nos ha dado la gracia de conocer a Cristo, de formar parte de la comunidad eclesial, de gozar de la Palabra y de los sacramentos? ¿No debería surgir de tanto don un impulso más fuerte para compartir con otros la riqueza que es Cristo? ¿No os parece que hemos ido apagando inadvertidamente la pasión por compartir la fe? No se trata de invadir la intimidad de nadie o de imponer una manera de vivir. Se trata de compartir un regalo.

Yo creo que las dificultades para compartir la fe no surgen tanto de la sociedad secularizada, como decimos cansinamente, sino de nuestra falta de alegría. ¿Cómo se va a entender la fe como un regalo si no va acompañada de una existencia feliz y esperanzada en medio de las pruebas de la vida?

Pidamos humildemente al Señor esa alegría honda y duradera que prueba su paso entre nosotros. Y valoremos el don de pertenecer a la iglesia. Los grandes creyentes, al final de sus vidas, han dado gracias por haber pertenecido a la iglesia, a pesar de todos los sinsabores y pruebas que en muchas ocasiones han tenido que padecer de manos de la misma comunidad (gonzalo@claret.org).

Jesús exhorta a la vigilancia, especialmente a los pastores de la Iglesia, a los responsables de la comunidad (v.41). Ellos tienen el encargo especial de velar por el rebaño (1 P 5. 1-4). La tentación típica del ministerio, al tardar el Señor, es la de olvidarse de que sólo se es administrador, actuar como si fuera el dueño, a su capricho, en su propio provecho. La tentación de explotar al rebaño, de apacentarse a sí mismos.

La fidelidad al Señor, que es el amo, y a la comunidad, a cuyo servicio ha sido destinado, define la actitud radical de todo administrador (cf. 1 Co 4. 2). No debe olvidar que ha de rendir cuentas. Sólo si se ha mostrado fiel será el siervo asociado al reinado de Cristo. El siervo infiel, en cambio, no tiene parte en su Reino. No cabe excusa. El administrador ha recibido encargos de mayor responsabilidad. Pero ha recibido también dones correspondientes.

El Señor de una casa está ausente, lejos. Durante el tiempo de su ausencia encarga a un capataz que cuide de atender con justicia y puntualidad a la servidumbre. Para este cargo se requiere fidelidad y sensatez: fidelidad porque el capataz sólo es administrador, no señor, por lo cual debe obrar conforme la voluntad del señor; sensatez, porque no debe perder de vista que el señor puede venir de repente y pedirle cuentas. Si este capataz obra con conciencia, es felicitado, pues el señor quiere encomendarle la administración de todos sus bienes. Si, en cambio, obra sin conciencia e indebidamente, maltrata a la servidumbre y explota su posición de manera egoísta para llevar una vida sibarítica, le espera duro castigo…

La tentación puede consistir para el administrador en que se diga: "El Señor está tardando", todavía no viene. Los instintos egoístas y los impulsos del capricho le seducen llevándolo a la infidelidad. Lucas parece haber dado a esta observación sobre la tardanza del Señor una importancia mayor de la que tenía en la redacción originaria de la parábola.

Es posible que en la época en que vivía Lucas más de una autoridad en la Iglesia dejara que desear tocante a la fidelidad, a la vigilancia y a la sensatez, diciéndose: el Señor está tardando. La venida del Señor en un plazo próximo no se había cumplido. Entonces se pensaba: A lo mejor ni siquiera viene. El hecho de que Jesús ha de venir es cierto. Cuándo ha de venir, es cosa que se ignora. Con la venida de Jesús está asociado el juicio, en el que cada cual ha de rendir cuentas de su administración…

"¿Nos dices esta parábola a nosotros o a todos?" Así había preguntado Pedro, porque pensaba que los apóstoles tenían la promesa segura y que no estaban en peligro. Habían oído lo que había dicho el Maestro sobre el pequeño rebaño, al que Dios se había complacido en dar el Reino. También el apóstol debe dar buena cuenta de sí con fidelidad y sensatez, si quiere tener participación en el reino. También para él existe la posibilidad de castigo. La sentencia depende de la medida y gravedad de la culpa, del conocimiento de la obligación, y de la responsabilidad. Los apóstoles han sido dotados de mayor conocimiento que los otros, por lo cual también se les exige más y también es mayor su castigo si se hacen culpables. El que "no habiendo conocido la voluntad del Señor" hace algo que merece azotes, recibirá menos golpes. No estaba iniciado en los planes y designios del Señor, y por ello no será tan severa la sentencia de castigo. Pero será también alcanzado por el castigo, aunque menos, pues al fin y al cabo conocía cosas que hubiera debido hacer, pero no las ha hecho. Todo hombre es considerado punible, pues nadie ha obrado completamente conforme a su saber y a su conciencia. La medida de la exigencia de Dios a los hombres se regula conforme a la medida de los dones que se han otorgado a cada uno. Todo lo que recibe el hombre es un capital que se le confía para que trabaje con él (El NT y su mensaje, Herder).

-Si el dueño de la casa supiera a qué hora va a llegar el ladrón... Estad también vosotros preparados: pues cuando menos lo penséis llegará el Hijo del hombre. Para el creyente, la historia no es un perpetuo volver a empezar; sigue una progresión que

jalonan unas "visitas" de Dios, unas "intervenciones" de Dios, en días, horas y momentos privilegiados: el Señor ha venido, continúa viniendo, vendrá... para juzgar el mundo y salvarlo. Es verdad que los primeros cristianos esperaron, casi físicamente, la última venida -la Parusía- de Jesús... la deseaban con ardor y rogaban para adelantar esa venida: "Ven Señor Jesús" (1 Cor 16, 22; Ap 22, 17-20).

Las nuevas plegarias eucarísticas, desde el Concilio, nos han retornado esa bella y esencial plegaria: "Esperamos tu venida gloriosa... esperamos tu retorno... Ven, Señor Jesús". Pero, ¿puede decirse que esas plegarias han entrado efectivamente en nuestras vidas? Por otra parte, no debemos estar solamente a la espera de la última venida de Jesús, la de nuestra propia muerte, la del fin del mundo. Porque, nunca se repetirá bastante, que las "venidas" de Jesús son múltiples, y nada ostentosas... incluso ¡podemos no verlas! podemos ¡rehusarlas! "Vino a su casa y los suyos no lo recibieron" (Juan 1, 11) y Jesús lloró sobre Jerusalén "porque la ciudad no reconoció el tiempo en que fue "visitada" (Lucas 19, 44). El Apocalipsis presenta a Jesús preparado a intervenir en la vida de las Iglesias de Asia si no se convierten (Apoc. 2, 3). Y cada discípulo es invitado a recibir la "visita íntima y personal" de Jesús: "He ahí que estoy a la puerta y llamo: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y tomaremos la "cena" juntos" (Apocalipsis 3, 20) "Llegará cuando menos lo penséis..." Oh Señor, ayúdame a pensarlo. Despierta mi corazón para esos encuentros contigo.

-Pedro le dijo entonces: "Señor, ¿has dicho esa parábola por nosotros o por todos en general?" El Señor responde: "¿Dónde está ese administrador fiel y sensato a quien el Amo va a encargar de repartir a los sirvientes la ración de trigo a sus horas? Dichoso el tal empleado si el Amo al llegar lo encuentra en su trabajo.

Después de invitar a cada cristiano a la vigilancia, Jesús, contestando a Pedro, hará una aplicación particular de la parábola o los "responsables de comunidades" que deben ser "fieles y sensatos". Sí, el servidor de los sirvientes es solamente un administrador, no es el amo... llegará el día en que tendrá que rendir cuentas. Su papel esencial es " dar a cada uno el alimento a sus horas" Así pues, toda la Iglesia tiene que estar en actitud de "vigilancia"... cada cristiano, pero también y ante todo cada responsable. El Reino de Dios ya está inaugurado.

Referirse a ese Reino -que ciertamente no estará "acabado" más que al Fin- no supone para la Iglesia un proyectarse en un futuro de ensueño, sino aceptar el presente como esperanza, y contribuir a que ese presente acepte y reciba el Reino que ya está aquí.

-"Dichoso el servidor si su amo al llegar le encuentra en su trabajo". Ayúdame, Señor, a estar en mi trabajo cada día y a captar tu presencia.

-Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le pedirá. La pregunta de Pedro podía quizá significar que, en su interior, se sentía muy seguro del Reino, y que no tenía nada que temer ya que había sido elegido responsable... La respuesta de Jesús va enteramente en sentido contrario: cuando mayor sea la responsabilidad, tanto más serán también las cuentas a rendir. Notemos, empero, la sutileza del pensamiento: el juicio dependerá del grado de culpabilidad... se puede ser inconsciente del daño causado y eso disminuye nuestra responsabilidad, dice Jesús. Ayúdanos, Señor (Noel Quesson).

Los administradores de la comunidad, cualquiera que sea su procedencia, deben ponerse al servicio de los demás y prestar ayuda para que en la comunidad no falte nada (12,42). Jesús declara «dichoso» al «administrador fiel y sensato» a quien «el Señor -término característico del Resucitado-, cuando llegue, lo encuentre cumpliendo con su encargo». El que haga esto, como lo hace Jesús, llega al mismo nivel que su Señor (cf v. 37). «Os aseguro que le confiará la administración de todos sus bienes» (12,44). El primer encargo que le ha confiado ha sido el servicio de la mesa y de la despensa: la distribución equitativa de los bienes de los pobres; si cumple bien ese primer encargo, le confiará la administración de los bienes

espirituales de la comunidad. Mediante la parábola de los «administradores» Lucas anticipa y prepara el tema de la administración de los bienes de toda índole de la comunidad creyente que desarrollará en el libro de los Hechos.

Por el contrario, si el administrador actúa con autoritarismo y con aires de grandeza y de poder, como hacen los que ejercen autoridad sobre los demás (cf. 22,25-26), «el Señor cortará con él y le asignará la suerte de los infieles» (12,45-46). Es de notar la dureza del lenguaje de Jesús con el grupo de discípulos procedentes del judaísmo. A la falta de libertad interna que aún padecen por no haber renunciado a la ideología autoritaria judía, corres-ponde un lenguaje propio de esclavos: «El siervo ese que, conociendo el deseo de su señor, no prepara las cosas o no las hace como su señor desea, recibirá muchos palos» (12,47), muchos más que los infieles que «desconocen su designio, pero hacen algo que merece palos» (12,48a). La razón es obvia: «Al que mucho se le ha dado, mucho se le exigirá; al que mucho se le ha confiado, más se le pedirá» (12,48b). La responsabilidad va pareja con los dones recibidos.

La expectativa ante la venida del Señor, inesperada y repentina, debe crear en nosotros una fuerte conciencia de responsabilidad en las tareas que se nos han encomendado. La conciencia de ser administradores y no dueños de lo que se nos ha encomendado debe llevarnos a concebir nuestra libertad en términos de responsabilidad (Saint Exupery). Todas nuestras tareas, por tanto, conciernen a la administración de los bienes que el Señor nos ha confiado. Y según esto, se manifiesta la autenticidad o inautenticidad de nuestra respuesta a Dios.

El desempeño, conforme al querer divino, de nuestras tareas exige que se haga manifiesta en nuestra actuación una relación con los demás servidores regida por la justicia. Se nos ha encomendado la distribución de la ración del trigo y una atención especial sobre los más desvalidos del entorno. La injusticia con ellos significa una falta grave contra el dueño de la casa y nace de una conciencia de la que se eliminado la ardiente expectativa de la vuelta del Señor.

La falta de responsabilidad es, en el fondo, una falta de fe cuya consecuencia lógica consiste en ser separado del medio de la comunidad creyente y pasar a formar parte de los incrédulos.

De los dones de Dios brotan las exigencias divinas a quienes los han recibido. A mayor don corresponde una mayor exigencia. Y las gracias y funciones concedidas por Dios a cada miembro de la comunidad eclesial no pueden ser concebidos como un honor del que ha sido beneficiado con ellos sino un deber a cumplir en favor de los restantes miembros de la Iglesia (Josep Rius-Camps).

Al administrador de la casa, en castellano se le llama "mayordomo". Es el que se cuida de todos los detalles, el que hace que la casa funcione, que los que la habitan se sientan a gusto. Es una función de servicio. Él coordina, organiza, está atento a las necesidades de todos los moradores de la casa. La parábola de hoy nos recuerda dos cosas: primero, que nosotros no somos los dueños. Segundo, que hemos sido puestos en la casa como administradores de lo que no es nuestro. Somos "mayordomos" de este mundo y de la Creación. Es nuestra responsabilidad cuidar de este mundo, de esta familia, hacer que el alimento llegue a todos y que todos se sientan confortables y a gusto. Hoy, más que nunca, nos hace falta diligencia y atención para cumplir con nuestra responsabilidad. Hoy, más que nunca, nos hace falta cuidar de la casa de todos que es el mundo, porque tenemos el poder suficiente para destruirla. Los desastres ecológicos ya no son un problema sólo de los países ricos. Ahora somos conscientes de que a todos nos afecta el destrozar lo que es nuestro habitat. En este servicio, los cristianos tenemos una especial responsabilidad. "Mayordomos" de la creación al servicio de nuestros hermanos los hombres y mujeres. Éste debería ser un título que los cristianos, todos, debiéramos llevar con gozo y orgullo (Diario Bíblico, Confederación Internacional Claretiana de Latinoamérica).

Pedro comienza en el evangelio de hoy preguntando si la parábola propuesta por Jesús en el evangelio de ayer, en la que invitaba al servicio dentro de la comunidad como camino de felicidad y realización de la utopía del Reino, es válida sólo para los discípulos judíos o también para los paganos, para el resto del mundo, diríamos hoy. Y Jesús le responde de modo indirecto diciendo que dentro de la comunidad somos administradores de los bienes que hemos recibido de Dios, no dueños ni propietarios.

Jesús alaba la figura del administrador "fiel y sensato", o sea, de aquel que tiene conciencia de una doble servidumbre: a su amo y a los siervos de su amo, con la finalidad de que nada falte a las personas encomendadas a su administración. El administrador no es el dueño, ni puede tener una postura despótica o autoritaria ("pegar a los mozos y a las muchachas") ni debe vivir centrado en sí mismo, de modo hedonista y egocéntrico, centrado en lo material ("comer, beber") hasta perder el control de sí mismo ("y emborracharse"). Esto es lo más opuesto que hay a la actitud de vigilancia y servicio que Jesús recomienda a sus discípulos. Pedro que tal vez esperaba privilegios, recibe de su maestro una única respuesta: en la comunidad no hay otro privilegio que el servicio.

Quien sirve así se sitúa al mismo nivel de su señor, como se nos decía ayer: "¡Dichosos esos siervos si el señor al llegar los encuentra despiertos! Os aseguro que él se pondrá el delantal, los hará recostarse y les irá sirviendo uno a uno" (Lc 12, 37). Y si el Señor sirve a quienes en teoría son sus siervos, esto quiere decir que dentro de la comunidad no hay ya señores ni siervos, sino amigos y hermanos, igualados por el afán de servicio por amor que acaba con toda clase de autoritarismo, violencia, dominación y poder, palabras que habría que desterrar para siempre del léxico cristiano y eclesiástico (Servicio Bíblico Latinoamericano).

"Abusa de su autoridad tanto más fácilmente cuanto que el amo tarda en venir, demora que él supone ha de prolongarse indefinidamente y que interpreta como una señal de que no volverá nunca" (cf. II Pedr. 3, 3 – 5; Pirot): "Sería inútil, dice Buzy, tratar de suavizar el castigo, entendiéndolo por ejemplo de una manera metafórica. Se trata aquí de una pena capital". Es de notar cómo este pasaje, que muestra la tremenda responsabilidad de los que tienen cura de almas (v. 48) prueba al mismo tiempo, contra la opinión de ciertos disidentes, que el plan de Cristo comporta la existencia de pastores hasta que El vuelva (cf Hech. 20,17 y 18; I Tim. 4,14; Llucià Pou Sabaté, textos tomados de mercaba.org).